

LA CONGREGACIÓN DEL CORAZÓN DE MARÍA Y EL PADRE DE LA VEGA EN EL PUERTO DE LA CRUZ

Melecio Hernández Pérez

El origen histórico de la Congregación de Misioneros Hijos del Ido. Corazón de María, data de 1849, y la fundó el P. Antonio María Claret en la ciudad levítica de Vich (Barcelona) para " salvar las almas de todo el mundo".

En la segunda década del siglo XX, perseverante en la difusión de esta gran obra para gloria de Dios, abre casa en el Puerto de la Cruz el 5 de mayo de 1918, siendo Provincial de la Bética el entonces M.R.P. Nicolás García. Fue primer superior el R.P. Antolín S. Fernández Martínez de Azagra (uno de los oradores más elocuentes que han ocupado la cátedra sagrada en Canarias), secundado por un pequeño grupo de padres y hermanos que unidos a los que se incorporaron más tarde y, pese al tiempo transcurrido, aún viven en la memoria colectiva del Puerto nombres como Esteban Belascoáin, Ignacio Muro, Ceferino, Eugenio, Cipriano Sanmartín, Antonio Ibáñez, Fidel Dartilán, De la Vega y otros.

Desde su asentamiento en la localidad, la Congregación ocupa un primer plano socioreligioso manifiesto a largo de su

memorable y fructífera etapa misionera y educativa que alcanza a las estructuras sociales más humildes por su entrega fervorosa y solidaria en la formación espiritual, pedagógica y física de una juventud favorecida por la trascendente labor de apostolado que prendió en el corazón del pueblo tan lleno de carencias y ávido de saberes.

Estos religiosos fundaron un colegio de Primera Enseñanza para alumnos pobres y gratuitos, que precisaba del alumnado de pago. Cada domingo o día festivo los escolares en hileras de dos en fondo, separados pudientes y pobres, acudían a misa de San Francisco. También realizaban excursiones y llevaban a los alumnos al "Thermal Palace" en determinadas solemnidades, a finales de curso o en sus festividades votivas.

La regencia de la iglesia de San Francisco por parte de los " padritos", como popularmente eran conocidos, marcó un hito en la trayectoria del templo conventual, tan necesitado de sacerdotes y sus ministerios, mantenimiento y conservación del sagrado recinto. El 17 de abril de 1918 la Congregación se hizo cargo de la iglesia; y fueron capellanes del Colegio de las Hermanas de la Pureza Santísima y del Hospital, servido por

las Amantes de Jesús. En 1938 los Hijos del Corazón de María levantan la casa del Puerto después de veinte años, por motivos, curiosamente muy similares a los que movieron a su fundador el V.P.Claret a separarse de su obra predilecta: los juicios humanos y las pasiones políticas. El acto de entrega de la iglesia de San Francisco a don Federico Afonso González, como cura párroco propio de este Puerto, tuvo lugar el 29 de diciembre de 1938. También se clausuró el colegio que había sido inaugurado el 19 de octubre de 1918, habiendo pasado por sus aulas hasta 1924 quinientos siete alumnos. La matrícula de dicho año fue de ciento ochenta y cuatro.

La Comunidad durante su permanencia en el Puerto estuvo ubicada, sucesivamente, en los inmuebles de calle Agustín de Betancourt, número 5; pero como aquella casa (hoy sede de

la Asamblea Local de la Cruz Roja) no tenía habitaciones suficientes para instalar colegio, se trasladó a otra más amplia en la calle Blanco, número 17, el día 23 de agosto del mismo año. Se trata de la casona del siglo XVIII, primer establecimiento del colegio de la Congregación en la localidad, y lugar de nacimiento de don José A. Álvarez Rixo; y, posteriormente, el 5 de enero de 1921, a la antigua casa "Cárpenfer", en la calle Pérez Zamora, número 36, adquirida en compra para la Congregación, y actualmente prevista para Casa de Cultura. También la Congregación compró la casa contigua, con miras a construir una iglesia adosada a la casa-colegio.

Semblanza biográfica del Padre de la Vega



Casa natal de Álvarez Rixo

De la vida y obra del R.P. Optaciano de la Vega del Río (1892-1973) trazaré el perfil de la personalidad humana, religiosa e intelectual de este soldado de Cristo, mariano y mítico misionero que durante su estancia en el Puerto de la Cruz (1930-1938), sembró caridad, amor y cultura en las gentes del Puerto consagrado en cuerpo y alma como sacerdote y maestro, con sabiduría y abnegación. Pero además, el padre de la Vega fue inspirado y laureado poeta que legó lo mejor de su lírica a la posteridad.

Envuelto en la atmósfera enrarecida por la caída de la Dictadura en 1930 que encabezaba Primo de Rivera y por la proclamación de la II República instaurada en 1931 -inicio de una década fratricida de difícil andadura-, llegó a Canarias por primera vez el padre de la Vega destinado al Puerto de la Cruz.

En aquella época, dada la inactividad mercantil y portuaria que marcaba la paupérrima economía local y la conflictividad política de España, el destino de un sacerdote a este pueblo norteño era considerado poco menos que castigo o destierro, no ya sólo por el difícil periodo socioeconómico y político, sino por su acentuada tradición izquierdista que abanderaba el socialismo desde 1922, asociándolo, indefectiblemente, aunque incorrectamente, con el ateísmo. Por otra parte había miseria en Tenerife y el Puerto de la Cruz no era, precisamente, la excepción de la regla; por el contrario, la pobreza era muy ostensible. Mientras la Iglesia trataba de desplegar una acción evangelizadora para neutralizar la supuesta amenaza; mas con la predicación de la ley dictada por Dios en las sagradas tablas hechas públicas por Moisés al pie del monte Sinaí los estómagos vacíos no se llenaban; el proletariado extremaba su ideología sumándose al comunismo, como si en la nueva doctrina



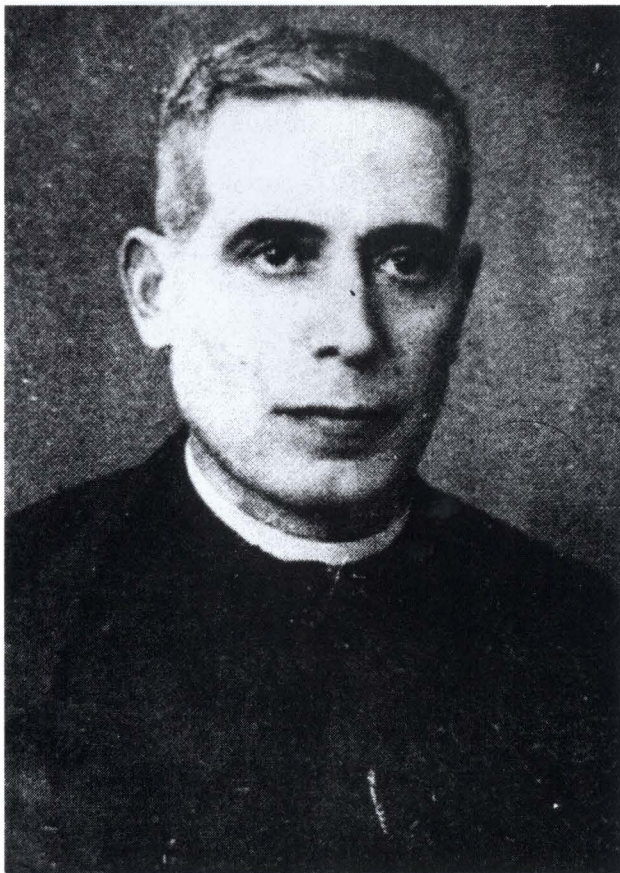
Casa de la Cultura, Pérez Zamora.

política estuviera la panacea a sus múltiples carencias. De ahí que los misioneros del Corazón de María desarrollaran una piadosa acción social en los sectores menos favorecidos.

El padre De la Vega llegó al Puerto cuando contaba 38 años de edad y 13 de vida sacerdotal, pues su ordenación tuvo lugar en 1917, año éste epidémico y preludio de la famosa "gripe española" de los años 1918-19 de tan elevado índice de mortandad que al extenderse por todo el mundo alcanzó la terrorífica cifra de un millón de muertos. Curiosamente, él, que era enfermizo y de débil constitución física, no se vio afectado por el virus de la infecciosa enfermedad.

Pero volvamos al sonoro mar norteño que tantas veces contemplara su horizonte para orar y reflexionar en soledad. Era un catequista, pero otro tanto le importaba la preparación educativa de los jóvenes. A los alumnos pobres del colegio,

que a veces sólo acudían por la merienda que les proporcionaban, se les enseñaba gratuitamente; pero al poco tiempo muchos abandonaban las clases. Y era la necesidad. Los hijos se veían forzados a ayudar a sus padres en las tareas cotidianas para obtener el sustento familiar. Esta grave situación se venía arrastrando a través de los tiempos. Ya a finales del XIX el Dr. Eduardo Dolkowsky narra esa cruda realidad: "Es muy triste a la verdad contemplar en el Puerto de la Cruz ...infinidad de niños hijos de arrieros y de otros servidores de los extranjeros, que jamás han pisado las escuelas, acostumbrándose a la haraganería y al servilismo, importunando a los extranjeros con súplicas encaminadas a obtener alguna moneda, y animados muchas veces por sus mismos padres...Esos seres que no aprenden a leer ni escribir y que carecen de nociones de moral, casi son disculpables en sus extravíos,



Padre Optaciano de la Vega.

que deben imputarse en su mayor parte a los directores de una sociedad mal organizada...".

Sabía consolar al prójimo con la palabra y el consejo adecuados; giraba visitas domiciliarias a los enfermos y alegraba la soledad de los sin fe poniendo un hálito de esperanza en sus vidas. Al sacerdote el cargo o función de despacho y administrativo le deprimía; sabía que en la calle su apostolado era más efectivo. Por su gran dedicación a los jóvenes merece recordarse con el apelativo de "apóstol de la juventud". Todo se lo gastaba en ellos. Nunca tenía ni quería dinero para sí. Acostumbraba decir que en sus manos el dinero se multiplicaba; tal era el arte que se daba para adquirir con escasas monedas pan para los muchachos que en su cesta "milagrosa" portaba convertido en bocadillos. Las excursiones eran edificantes. A él le servía el camino para meditar filosóficamente, mientras los entretenía en el andar con cuentos y canciones. Así, con esa habilidad tan suya llevaba la ilusión y el contento a aquellos tiernos corazones y entre cuento y canto introducía materias de provecho, con lo cual los pequeños excursionistas se sentían encantados y queridos. Era un auténtico doctrinario. Tenía potestad y facultades para alternar con todas las clases sociales.

Entre las actividades de proyección cultural que desarrolló, destacan la música y el arte escénico: en el seno de la Juventud Católica se formó un Orfeón, Lo Divino; un grupo teatral que representaba, incluso, obras escritas por el propio cura. El Portal de Navidad, cada año con afán renovador, se realizaba con esmero y era admirado por numerosos visitantes.

Pero lo que he dado en llamar década fratricida aún estaba por padecer los desgarros de la Guerra Civil del 36. Ahí también estuvo presente el P. de la Vega. Tanto él como el resto de la Comunidad abogaron por los presos políticos



El Padre de la Vega en el centro, flanqueado por Benjamín Afonso Padrón y Marcos Estévez Yanes, y detrás Miguel Sotomayor y Olwaldo Reverón.

y se esforzaron por socorrer a esta tierra y sus gentes; pero esas intromisiones no fueron bien vistas por el Régimen; y ésta, principalmente, debió de ser la causa de la apresurada salida de nuestro solar.

Cuando estalla el Movimiento, el Colegio de Segunda Enseñanza que se encontraba en la calle de San Felipe (hoy Museo Arqueológico) se paralizó; no obstante, la voluntad y el tesón del "padrito" que promovió la reapertura del mismo, el colegio, aunque remedo de aquel otro, continuó impartiendo la enseñanza hasta el curso 36/37.

Estas y otras circunstancias dieron origen al nuevo destino del P. de la Vega a Las Palmas de Gran Canaria, que dejaba atrás, entre los pliegues de la historia del pueblo, jirones de su corazón. Este obrero de Dios, a pesar de haber nacido en un pueblecito de León, se había pasado gran parte de su vida en capitales donde se encontraba confortable, pues lejos de molestarle

el bullicio, le parecía beneficioso para su temperamento y salud. Por eso es comprensible que en su segundo destino en las Islas, se encontrara a gusto: "Es natural -dice- esta es una capital, campo mucho más vasto apropiado a mis actividades y más en consonancia con mis gustos e inclinaciones artísticas y literarias". Su ritmo de vida había cambiado notoriamente: "Mis múltiples y variadísimas ocupaciones no me dejan tiempo libre. El trabajo que pesaba sobre mí en el Puerto eran tortitas y pan pintados en comparación con el que tengo que desarrollar aquí...".

Ni el tiempo ni la distancia harían olvidar al P. de la Vega el Puerto de la Cruz que no fue precisamente para él ese "paraíso terrenal" que nos canta en su popular poema; pues sufrió de incomprendiones; el benigno clima no era apropiado a su naturaleza; se fatigaba cuando apretaba el trabajo hasta el punto que su salud se debilitó considerablemente ya que el aire marino

no iba bien a sus bronquios de consumado fumador, y padeció de frecuentes dolencias estomacales. Posteriormente volvió al Puerto el sacerdote en tres ocasiones, casi de forma accidental y por breve tiempo; en la última, en 1960, para recibir un homenaje entrañable y que fue una especie de ratificación de aquel otro de 1937 celebrado en la ya desaparecida casona del muelle situada en la confluencia de las calles de La Marina y Santo Domingo donde estuvo la sede de la Juventud Católica.

Dado lo íntimo del homenaje, apenas trascendió a los medios de comunicación, si se exceptúa la breve crónica escrita (El Día, 24/8/60) y la retransmitida por Radio Club Tenerife por don Benjamín Afonso Padrón, de la cual ofrezco un resumen: "El pasado domingo, día 21, tuvo lugar, en el Puerto de la Cruz, el homenaje al Rvdo. P. Optaciano de la Vega del Río... que residió en el Puerto hasta el año 1938, consagrado a las funciones propias de su Ministerio sacerdotal, y a la enseñanza en el Colegio que la Congregación tuvo en dicha ciudad... En el Hotel Bélgica tuvo lugar un banquete en su honor, organizado por don Antonio Castro Díaz y un grupo de antiguos alumnos, concurriendo al mismo nutridas representaciones de las distintas esferas de la vida portuense, leyéndose numerosas adhesiones al mismo. A los postres, don Benjamín Afonso Padrón y don Marcos Estévez Yanes, pronunciaron sendos discursos y recitaciones dedicados al homenajeado... Por último, el R.P. Optaciano de la Vega, visiblemente emocionado, agradeció dichas muestras de afecto..., recordando la época de estancia en la ciudad con evocadoras frases para sus hermanos de Comunidad, que con él compartieron el apostólico quehacer... recitando a continuación su poesía titulada "Mi testamento". Una prolongada ovación subrayó este

acto de homenaje que será siempre recordado en el ámbito de los acontecimientos portuenses."

El misionero seguiría la ruta por las casas de la Congregación: Sevilla, Málaga, Córdoba, Jaén, etc. En cada lugar anclaba su nave de la que no quiso ser capitán ni marinero: quería ser únicamente uno más de la tripulación a pesar de sus dotes de almirante.

Y ello, aparte de su modestia, era una consecuencia de una secuela congénita. Aunque las personas consultadas le recuerdan alegre, jovial y locuaz, era dado a la depresión como hombre de extremada sensibilidad. Indudablemente había ciertos rasgos en su personalidad que caracterizaban escepticismo e instinto pesimista; mas este aspecto de su carácter fue un hecho inconstante a lo largo de su vida.

Quizá fuera ésta la única verdad de sí que no reveló en vida. Era su secreto y más íntima dolencia que bien disimulaba para no contagiar nostálgicamente a cuantos le rodeaban, poniendo alegría donde sólo había tristeza.

De niño fue travieso y vivaracho. Una simpática anécdota es fiel reflejo de lo antedicho, si bien denota voluntad de libertad y generosidad que, efectivamente, prodigó a raudales durante su sacerdocio.

Ocurrió un día lluvioso de Navidad que en el corral de la casa donde había aves y otros animales, faltaba la hierba del día para los conejos de crianza. Contaba entonces ocho años. "Optaciano, vete al huerto y coge un haz de hierba para los conejos que hoy es día grande y es bueno que no les falte la comida". El muchacho, en lugar de atender solícito el ruego de su madre abrió la conejera y los echó al campo para que pastaran libremente. Pasado un tiempo no muy largo, su madre lo descubrió sentado y perplejo contemplando la vacía conejera. "¿Y los conejos? ¿Dónde están los animales?". "Pues los solté para

que fueran ellos mismos a por la hierba", contestó satisfecho de su hazaña.

Nace Optaciano de la Vega en el seno de una familia profundamente religiosa, en un pequeño pueblo de León situado en un valle donde residió una reina mora, de donde tomó el nombre de "Valle de la Mora" o "Valdemora", como actualmente se llama. Fue bautizado en la iglesia del pueblo el día 16 de julio de 1892 y figura inscrito en el libro de bautismos al tomo 5º, folio 61. Fueron sus progenitores don Mauricio de la Vega, maestro nacional, y doña Similiana del Río, mujer piadosa.

La enseñanza primaria la recibió de su padre, hasta su ingreso en la Congregación. Hizo su primera profesión en 1909 y se ordenó sacerdote en 1917.

Al año de terminada la carrera fue destinado a Jerez de los Caballeros como profesor de metafísica. Unos años después como profesor de teología en Zaragoza. Allí, ayudó mucho a la Comunidad en la predicación; que, a pesar de su poca y mala voz, gustaba por su forma y fondo, siendo grande su fama como orador sagrado. Sin proponérselo, él dio ocasión para que se le dedicara a este ministerio, que no era precisamente lo que deseaba, aunque fuera un gran bien para la feligresía, ya que desde el púlpito también pregonó el amor a la cruz y a María Santísima.

Triunfaba en cuanto se le encomendaba. Convencido de la influencia paterna, se sentía educador vocacional. Le gustaba y sobresalió en literatura y, más que literato, se sentía filósofo y teólogo. En esto soñaba cuando enseñaba de joven estas asignaturas y pensaba jubilarse... enseñando. Pero llegó la sorpresa con el destino a Córdoba, y como buen religioso calló y obedeció. Tal vez tuvo que ir toda la vida contra corriente...

Autonecrología

No puedo resistirme a la inserción de su autonecrología redactada con evidente humildad en 1966, por cuanto tiene de biografía, obviando cuanto ya se ha referido del mismo para no pecar de reiterativo. "Cumplidos los 74 años, edad en que ya nada puede esperar el mundo de mí, ni yo del mundo; cuando me preparo a celebrar próximamente mis Bodas de Oro Sacerdotales, con un pie casi en la sepultura, como suele decirse, me decido a escribir esta mi necrología con el solo y exclusivo fin de evitar a otro el trabajo de hacerla, si es que cuando me muera existe todavía la costumbre de recordar la vida de nuestros muertos(...).

Nunca me ha gustado molestar a nadie y lo quiero evitar hasta después de muerto.

Nací en Valdemora, pueblecito insignificante de la provincia de León el día 13 de julio de 1892, de padres muy cristianos.

Por medios del todo providenciales, y contra toda previsión humana, ingresé en el Postulando de Valmaseda y allí cursé Humanidades. Terminadas éstas me destinaron al Noviciado de Jerez de los Caballeros Casa de S. Agustín, en la recién fundada provincia bética profesando el 25 de julio de 1909.

En el mismo Noviciado cursé los tres años de filosofía, pasando después al Colegio de Aguas Santas, en el mismo Jerez de los Caballeros, para estudiar teología que hube de interrumpir al final del tercer año para incorporarme a filas en Madrid. Sólo tres meses serví en el Ejército, al terminar los cuales pasé, por orden de los Superiores, al Colegio Mayor de Santo Domingo de la Calzada, en donde me ordené sacerdote el día dos de junio de 1917, pasando seguidamente para Aranda de Duero a cursar el año de Preparación, como entonces se llamaba.

Mi primer destino fue la Casa de Aguas Santas con el cargo de profesor de filosofía que desempeñé tres años, pasando después a Zafra como profesor de teología.

A los tres años me destinaron a la Casa de Ciudad Real para dedicarme al ministerio apostólico, destino que torció por completo el rumbo de mi vida y me hizo enfilarse por bien distintos derroteros la nave de mi destino, que navegaba hacia muy distintos puertos. Sin embargo, y a pesar de mi pobre salud, mi voz escasa y de timbre desagradabilísimo, y de mi nula preparación para ello, Dios ha estado conmigo y no he sido nunca obrero de brazos cruzados en la viña del Señor. He recorrido casi todas las Casas de la provincia y, fuera de las Misiones entre infieles, creo que me he ejercitado en todos los ministerios de la Congregación, aunque sin sobresalir en

ninguno. Y a mis 74 años, edad a la que por mi débil constitución física nunca creí llegar, aún sigo en la brecha y con fuerzas que Dios me conserve, para seguir trabajando, casi como en mis buenos tiempos; voluntad no me falta.

De mi vida espiritual mejor fuera no decir nada para decir algo bueno. A propósito he roto y quemado todos mis apuntes, notas, resoluciones de ejercicios, diario, etc., etc., y cuanto a mi vida espiritual pudiera referirme por ser cosas tan íntimas que a nadie interesa más que al interesado.

Únicamente quiero dejar aquí un Pentágono, como síntesis y resumen de toda ella:

1º. Quoniam nihil fui, nihil sum et nihilo, cupiam pro nihilo reputari.

2º. Nec petere nec rejicere quidquam.



El Padre de la Vega y Benjamín Afonso Padrón en el Hotel Bélgica, año 1960, con motivo del Homenaje en su Honor.

3º. Agere et pati silens.

4º. Omnium me circumstantium felicitatem satagore.

5º. Ora et labora. Omnia possum in eo qui me confortat.(...)

Diré, parodiando lo que de Santa Teresa se cuenta: De mi bondad, que Dios lo sabe; de mi talento, que no soy tonto; y de mi físico, que soy pequeño, flaco, enfermizo, de mala voz y pocas fuerzas, una completa vulgaridad en todo.

De mis defectos, que son innumerables, dos tengo por capitales, que conozco y conocerán todos cuantos me conocen, porque saltan a la vista.

El primero, que soy un charlatán desatado(...) De ese defecto que nació conmigo y se desarrolló con los años, no me he corregido nunca. De niño porque no me lo reconocía; y de mayor porque ví en él una válvula de escape para disipar o neutralizar los negros vapores de la melancolía y tristeza que de siempre han fermentado en los bajos fondos de mi carácter y han amargado toda mi existencia, sobre todo en los años mozos. (...)

Eran para mí las fiestas días aciagos, un verdadero tormento. Las esperaba con ansias; pero como nunca llegaban a ser lo que yo había soñado, no me satisfacían y se tornaban en desengaño tristísimo. ¡Hasta el día felicísimo de mi ordenación sacerdotal me pasó lo mismo! ¡Y cuidado que soñaba en ello!...

De bastantes años a esta parte, esta garrulería mía se ha cambiado tomando un tinte de marcado humorismo. Quizá porque el humor es el fruto agridulce que produce el árbol de la vida, cuando los vientos de la adversidad le han sacudido y la carcoma del dolor ha reducido a yesca el corazón de su tronco; o quizá porque la experiencia, los desengaños, y mi espíritu observador y crítico por naturaleza, me hacen

caer en la cuenta, casi por instinto, de la parte cómica y ridícula de las personas y circunstancias que me rodean. Algo también quizá, por el empeño mío en cumplir el cuarto mandamiento de mi Pentágono.

Mi segundo defecto, que juzgo capitalísimo, y del cual tendré que dar estrecha cuenta a Dios, porque hizo infructuoso en mí, los pocos talentos que me concediera, es, lo que por decirlo de algún modo, llamaría yo "pereza mecánica" o mejor dicho, para la mecánica. Es decir: inacción, desgana, apatía para todo lo que implica trabajo mecánico. En esto he sido siempre un perezoso, un vago, un holgazán completo.

Creo y me da vergüenza consignarlo, porque dice muy poco en favor de mi hombría, que sólo cuando me obligaban o la necesidad me ponía en apuros hacía algo de provecho; sin eso, nada. Todas las energías de mi vida espiritual quedaban completamente anuladas ante el menor esfuerzo mecánico que hubiera de hacer. Y digo esfuerzo o trabajo mecánico, porque el estudio, la lectura y cualquier trabajo intelectual eran para mí un placer que me obsesionaba. He sido un lector insaciable y empedernido. No he escrito nada y debiera haberlo hecho sólo por el trabajo físico que suponía mover la pluma; ni llevé a término muchas obras empezadas, por la misma razón.

Sinceramente debo confesar que si me hubiesen obligado, tal vez hubiese producido algo de provecho que nunca hice. Decir esto, repito, me humilla, pero es verdad. Virtudes no me reconozco ninguna, ni creo que las tenga. Si, acaso, esto que debo agradecer del todo a Dios, pues de mi parte poco o nada he puesto para conseguirlo; que, fuera de los disgustos ocasionados a mis padres en la niñez, que fui travieso y desobediente, porque habiendo sido el mayor y por muchos años el único hijo de mis

padres y nieto de mis abuelos, me mimaron en demasía. Fuera de esos, digo, no me acuerdo, ni creo que a sabiendas haya hecho mal a nadie ni causándole disgusto adrede. Aun para los que sabiendo o sin saber me hicieron algún daño fue mi comportamiento bondadoso; pues no se lo eché en cara, ni guardo para ellos rencor alguno. Aun después de muertos podrían agradecerme algunos los buenos oficios y benévolas ausencias que tuve para su memoria. Esto, como acabo de decir, se lo debo todo a Dios que me dotó de un carácter naturalmente bondadoso.

Esto no quiere decir que a muchos y de mil maneras no haya molestado y herido con mis palabras, malos ejemplos y modo de conducirme; pero nunca lo hice adrede; y aprovecho esta última ocasión para pedir humildemente y con toda mi alma perdón a todos y cada uno. Que me dispensen, que no fue mala voluntad para nadie. Esto es lo único bueno que reconozco en mí y por lo que confío en la infinita misericordia de Dios que perdonará mis innumerables pecados y olvidará mis graves ofensas. Últimamente ruego a todos que, como buenos hermanos, se acuerden de rogar por mi pobre alma; pues yo en el cielo que espero alcanzar por la misericordia de Dios y la intercesión del Inmaculado Corazón de María nuestra Madre, no me olvidaré de ninguno. Doy gracias a Dios por mi vocación y muero contento y confiado en el Instituto de Hijos del Corazón de María".

El padre de la Vega fue Superior de la Orden en Jaén, y en los años postreros de su vida, agotado el cuerpo y colmado el intelecto de sabiduría; sangrante el corazón por amor a Dios, al enfermar de consideración y presintiendo el final de sus días, como si no quisiera presentarse al Supremo investido de graduación, quiso morir como había vivido: misionero y siervo de Dios. Y así entregó su alma el 5 de abril de 1973, a



El Padre de la Vega con la Juventud Católica en el año 1936

los 81 años, cuando la primavera se inunda de trinos y flores, como pronosticara en su poema "Mi testamento"

Obra literaria.

La obra literaria del P. de la Vega permanece manuscrita y muy dispersa, si no olvidada y perdida; tal era el desinterés del autor por su propia creación. El principal caudal fue puro lirismo: poesía reflexiva y musical cargada de hondos sentires humanos y divinos y de variada temática iba quedando desperdigada en el camino como hojas otoñales. Manos benévolas supieron recoger y conservar, un tanto rotas por el tiempo, algunas de esas páginas que hoy, al menos aquí, es cuanto conocemos de la filosofía,

pensamiento y quehacer poético de ésta su predilecta faceta de la Literatura.

Pero el poeta, por exigencia estatutaria de la Congregación, ya que nada de lo suyo era de su pertenencia sino que se debía en obediencia absoluta al voto religioso, cuando intentó publicar había de hacerlo cediendo la autoría o con nombre supuesto, y, aunque era muy humilde, le dolía renunciar a la identidad legítima. El sacrificio era mayúsculo y cruel, y no cedió. Pero así y todo, a pesar de su extraordinaria condición de hombre de letras nunca se valoró. Tuvo, posteriormente, oportunidad para sacar a luz sus producciones, pero pretextaba una y otra vez que tenía que corregir y perfeccionar el original; siempre un poco más pulido, un poco mejor. Y así, insatisfecho de sí mismo, no llegaría a editar.

Sus poemas pasaron a poder de sus hermanas y del Instituto, incluso aquellos que participaron en concursos y certámenes literarios de ámbito internacional. Tenía varios libros manuscritos: uno de historia relativo a los coyantinos y a la descripción glosada de Valencia de Don Juan porque también fue historiador.

La Diputación Provincial de León le encargó un trabajo de historia que realizó con ánimo de ser publicado, pero tampoco se llevó a la imprenta y debe estar olvidado en algún rincón castellano...o andaluz. Parecía su sino no publicar.

En 1937, el P. de la Vega concurrió a los Juegos Florales hispanolusitanos celebrados en Lisboa el 30 de mayo con un poema que obtuvo el premio de la Rosa de Oro.

Aquí sucedió una curiosa anécdota. Entre los numerosos participantes figuraba el escritor gaditano don José María Pemán, a la sazón presidente de la Comisión de cultura y enseñanza de la Junta de Burgos que, como

todos los demás, lo hacía en sobre cerrado bajo lema. El jurado premió a la de mayores méritos titulada "A mi patria"; pero al comprobar que el autor de obras como la recién publicada "Romeo y Julieta" (1936) había participado sin premiar tan gloriosa pluma, tratando de enmendar la plana, invitaron al Sr. Pemán a que fuera el mantenedor de los referidos Juegos Florales. Adivinando la intención de los organizadores, le pareció poco ético aceptar y, negándose, les dijo: "Señores: He leído la composición premiada y han hecho justicia. Les felicito a Vds. y al autor que tan mercedamente se ha hecho acreedor al máximo galardón".

Una vez fallecido el P. de la Vega, hubo un serio intento de editar sus trabajos. Se informó a las hermanas que tenían una copia de la obra manuscrita, pero siempre surgían reparos para la pretendida edición. Posteriormente a la muerte de su hermana Rita, se volvió sobre la importancia de recuperar las poesías pero Simi, la que quedaba, contestó que "su hermana difunta era quien andaba en el asunto".

En sus composiciones se aprecia la preferencia por los poemas largos, con versos alejandrinos y dodecasílabos, componiendo odas extensas, procedimiento que parece mantener el poeta para una mejor expresión de sus sentimientos y pensamientos poéticos.

A través de sus versos, se adivina un tremendo esteta. Cuando canta a la Naturaleza el paisaje juega un factor principal, ya que centra el realismo con el dominio de su arte diáfano y armónico. Vigoriza su estro para reflejar episodios y momentos heroicos de la historia de España y, lo hace, con orgullo patriótico.

En su composición al "Valle de la Orotava" se llama a sí mismo poeta errabundo que arrastra la lira por los sitios donde pasa para cantar sus hermosuras, y que el destino lo trajo a este valle

que él llama vergel, jardín de delicias.

Hace un encendido elogio a las maravillas del valle con su mar, su cielo azul, sus aves, sus flores... Dado la gran extensión de ésta y siguientes, sólo me es dable ofrecer algunas estrofas por razones de espacio.

Ante tanta maravilla/ Humboldt dobló la rodilla/ y bendijo al Hacedor./ infatigable viajero/ no encontró en el mundo entero/ un paisaje mejor/.

"A mi patria", es un espléndido poema donde "deplora el abatimiento de la nación que había dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendía el sol a su ocaso."

¿Es ésta aquella célebre matrona/ que, después de alumbrar un nuevo mundo,/ y, a su pecho fecundo/ para las ciencias y la fe criarle,/ convertirse en intrépida amazona,/ que extendiendo el dominio/ de su inmenso poder de zona a zona/ hizo su esclavo al sol, para engarzarle/ como una perla más en su corona?.../.

De su creación magistral "Al Teide", entresaco.

...tú también viste/ pasar brillantes sus heroicas velas/ al fulgor de tus ardientes fumarolas; a las tres carabelas/.

El poeta en un derroche de lirismo, de amor y pasión, se embriaga con los aromas del valle, la espuma del mar, la brisa, el sol... para culminar situando al Puerto como rincón del "paraíso terrenal", en inspiradas décimas bajo el título "El Puerto de la Cruz".

Siempre hay sol y por la calma/ de su atmósfera radiante/ es un bálsamo sedante/ para

el cuerpo y para el alma,/ toda enfermedad se calma/ en este clima ideal/ que Dios por gracia especial/ dejó en el Puerto escondido,/ como un rincón del perdido/ Paraíso Terrenal.

"Mi testamento", impresionante y conmovedor documento poético.

¿Acaso es la muerte ni el postrer fracaso/ como el vulgo siente/ ni la gran desgracia?... Cuando en el ocaso/ decimos que muere el sol de occidente,/ no muere, tan solo traslada al oriente/ su luz encendida/ más clara y más bella; y así es nuestra vida/ que al dejar el suelo/ no muere, tan solo se traslada al cielo./

El inventario en mi archivo de creaciones de este poeta sacerdote, es como sigue: " El Nazareno" , "¡Perdóname, Jesús!" (1928), " A la Virgen", premiada en el certamen literario de la J.C.F. en 1937, "¿Qué es la vida" (1931), " Himno a la Juventud Católica" (1933), "Cantos a la Misión" (lo que se cantaba en el rosario de la aurora cuando la Misión extraordinaria de 1944), "A mi patria", premiada en los Juegos Florales hispanolusitanos con la Rosa de Oro en 1937, "El Puerto de la Cruz" (1937), "Al Teide", "Mi testamento", "Santa Isabel de Portugal", recitada por el autor en los Juegos Florales en el Teatro Guimerá en 1937, "Sin novedad en el frente" (1937), "¡Cristiano! Conserva ese recuerdo, y medítalo..." (1937), "A Francisco Bonnín y Guerrín", leído por el autor en el Círculo de Bellas Artes de Madrid en homenaje al ilustre acuarelista en 1945, "Candelaria, la lechera del Toscal", "Al Valle de la Orotava", "Míster yes", "A la mezquita de Córdoba", "A la Virgen", de igual título que la anterior de 1937 y " Perdón", oración breve.

Notas

Jordán, Vicente.- En forma de carta: los fantasmas del pasado.- Revista Local (1984).

La Congregación de Misiones Hijos del Inmaculado Corazón de María, 75 aniversario de su fundación. Revista "Iris de de Paz" (1924).

Dolkowsky, Eduardo.- Males y Remedios. Imp. Vicente Bonnet (1891)

Afonso Padrón, Benjamín.- Homenaje al R. P. Optaciano de la Vega del Río, C.M.F.-Periódico El Día(24/8/1960)

De la Vega del Río, Optaciano.- Necrología (1966)

Personas entrevistadas: Nieves Bethencourt Pessoz, R.P. Serafín del Río, C.M.F., Jesús Hernández Martín y Andrés Carballo Real.